
EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y LA SUPERVIVENCIA*

Lauchlin Currie

* N. del Ed. Este artículo refleja la visión del autor sobre la amenaza implícita que significa el crecimiento para la supervivencia misma de la humanidad. Sin ser éste necesariamente un pronóstico terrorífico, constituye una valiosa reflexión sobre un tema profundo que compete al futuro de la humanidad.

Dada la extensión del tema, el artículo fue recortado. No obstante, se transcribieron aquí las partes sustanciales de la argumentación. Se omitieron así algunas secciones en las cuales el autor, influenciado por sus lecturas sobre psicoanálisis, hace profundas reflexiones sobre el comportamiento humano y la imposibilidad de alcanzar el bienestar en las actuales condiciones de evolución de la humanidad, dada la insaciabilidad de las necesidades humanas.

Currie, Lauchlin, "El crecimiento económico y la supervivencia", Conferencia dictada en Simon Fraser University, Vancouver, Canadá, junio 1981. Publicado en español como "La economía política y la supervivencia", en L. Currie, *Políticas de crecimiento y desarrollo*, Bogotá, Banco de la República, 1982.

Resumen

Currie, Lauchlin, "El crecimiento económico y la supervivencia", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Números 18-19, Bogotá, 1993, pp. 301-312.

En este artículo Currie alerta sobre los peligros inminentes de un crecimiento no dirigido ni planeado, el cual puede llegar a tornarse inmanejable, constituyéndose en una seria amenaza para la supervivencia misma de la humanidad.

Pese a que los países en desarrollo aún deben procurar alcanzar tasas mayores de crecimiento, dados los inmensos niveles de pobreza de la mayoría de su población, Currie alerta sobre los peligros inherentes al crecimiento mismo. En efecto, el increíble cambio tecnológico suscitado en los dos últimos siglos carece de dirección básica, crece el armamentismo, se destruye el medio ambiente y se profundiza la especialización.

El cambio tecnológico y el crecimiento económico han creado al mismo tiempo peligrosas amenazas para la supervivencia humana en condiciones satisfactorias. Deben buscarse maneras de moldear el medio ambiente y la cultura, para así escapar a las amenazas o, al menos, reducirlas.

Se está ensanchando la brecha entre nuestra capacidad técnica y nuestra percepción humanística, debe buscarse por tanto un **control consciente** que permita multiplicar, desde las universidades, una formación más generalista, única capaz de permitir una reflexión profunda sobre el futuro y de llevarnos a proponer eficaces soluciones. Si queremos sobrevivir, no debemos esperar que estas soluciones vengan de los especialistas de los distintos campos de las ciencias.

Se concluye que, puesto que el problema esencial es cómo emplear la inteligencia humana para salvar a la humanidad, las ciencias, y entre ellas la economía, tienen mucho que contribuir a este propósito. Ésta es, a juicio del autor, la tarea suprema de nuestras universidades y nuestros tiempos.

Abstract

Currie, Lauchlin, "Economic Growth and Survival", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Numbers 18-19, Bogota, 1993, pp. 301-312.

In this article, Currie sends out a warning about the imminent dangers of non-directed, non-planned growth, which could become unmanageable and even a serious threat for the survival of humanity itself.

Even though developing countries still have to obtain greater rates of growth, given the immense levels of poverty of the majority of their populations, Currie warns about the inherent dangers of growth itself. In effect, the incredible technological changes which have occurred in the past two centuries lack basic direction. As a result, the arms race grows, the environment is being destroyed, and specialization is increasing.

Technological changes and economic growth have created at the same time dangerous threats for human survival under satisfactory conditions. Ways of molding the environment and culture must be found in order to escape from these threats, or at least reduce them.

The gap between our technical capacity and our human perception is widening. We must, therefore, look for a conscious control which will allow the multiplication, from the universities, of a more general formation. This will permit deep reflection on the future and cause us to propose efficient solutions. If we want to survive, we must not wait for these solutions to come from specialists in different fields.

The conclusion is that, since the essential problem is how to employ human intelligence to save humanity, the sciences, among them economics, have a lot to contribute to this purpose. This is, in the author's judgement, the supreme task of our universities, and of our times.

Pocas cosas en una larga vida me han deparado mayor placer que el título de Doctor Honoris Causa en Leyes que me fue otorgado por la universidad donde pasé unos años muy felices y a la cual me unen fuertes y perdurables lazos de afecto.

Cuando, con motivo de mi visita a Vancouver, fui invitado a dar una conferencia pública, naturalmente me sentí halagado y pasé algún tiempo reflexionando acerca de un tema apropiado. Consideré que si bien dicho tema no debería apartarse demasiado de mi disciplina particular —la economía— habría de estar relacionado con un asunto de interés y preocupación general. Finalmente di con “La economía y la supervivencia”, y debo admitir que esta selección se debe en parte al hecho de que al leer recientemente la nueva obra de Arthur Hoestler, *Janus*, descubrí que el autor suponía, con mucha tranquilidad, que la economía nada tenía que contribuir al tema. De modo que me puse a pensar acerca de cómo la economía debería contribuir al tema más importante de nuestros tiempos —la supervivencia del hombre—. Confío en que ustedes dispensarán el toque de sensacionalismo en el título. Realmente no pienso que la vida misma esté en peligro de extinción. Es demasiado tenaz como para que se extinga tan fácilmente. Al usar el término ‘supervivencia’ me refiero a una supervivencia satisfactoria o aun tolerable. Tampoco me considero calificado para discutir el tema desde el punto de vista de un físico como lo hace Freeman Dyson en su fascinante libro *Disturbing the Universe (Alterando el universo)*, con sus provocativas especulaciones sobre la guerra biológica y el espacio extraterrestre.

Mi objetivo es mucho más modesto. El marco de referencia está conformado por las próximas generaciones, con un especial énfasis

en lo que la economía como disciplina puede contribuir al tema global. El problema consiste simplemente en el rumbo que parece hemos tomado colectivamente y en lo que se puede hacer para sustituir unas fuerzas ciegas y no dirigidas por un mayor grado de orientación consciente hacia una meta seleccionada en forma más deliberada y más satisfactoria.

Ustedes recordarán el cuento del piloto en los primeros días de la aviación, quien hizo dos anuncios a sus pasajeros, el uno un tanto alarmante, pero el otro tranquilizador. El primer anuncio indicaba que estaba perdido. El segundo, sin embargo, decía que su tiempo de vuelo era excelente. Me temo que la historia desgraciadamente viene al caso en nuestra condición actual. No tenemos ni la más remota idea de hacia dónde nos dirigimos, pero sí sabemos que lo estamos haciendo con un registro de tiempo excelente. Mi propia vida abarca un período que se inicia con la vida estable en una pequeña ciudad canadiense antes de la llegada del automóvil y llega hasta la vida desarraigada de nuestros días en que tomamos como un hecho corriente los anuncios diarios sobre nuevos descubrimientos técnicos que cambian nuestro modo de vida. También ocurrió durante el lapso de mi vida que el mundo consumió la mayor parte de sus fuentes de energía barata.

Desde un punto de vista, la velocidad de transformación ha sido sorprendente y hasta excitante. Una proyección de esta tasa hacia el futuro, sin embargo, excede los límites de la credibilidad. Cuando se haya comprendido de lleno que la transformación en el medio ambiente ha sido, es, y probablemente continuará siendo un cambio carente de toda planeación y prácticamente sin un control consciente, la palabra 'atemorizante' llegará a ser un adjetivo más apropiado. Permítanme justificar dicho adjetivo, citando un pasaje sacado de la crítica a un artículo recientemente publicado y que versa sobre los armamentos modernos. "Si la Unión Soviética lanzara un ataque con un número suficiente de proyectiles para destruir la totalidad de los I.C.B.M. de los Estados Unidos donde quiera que éstos estén instalados, se estima que 130 millones de norteamericanos morirán, aunque dichos proyectiles sobrevivan para lanzar el contraataque. Desde el fondo del océano, submarinos lanzaproyectiles matarían entonces un número equivalente de rusos"¹. Desde el 6 de agosto de 1945 hemos estado viviendo tiempo prestado. Me temo que esta aseveración ha dejado de

1 Juicio crítico de James Connan sobre el artículo "The Winning Weapon" escrito por Gregg Herken, *Business Week*, marzo 16 de 1981, p. 8.

acongojarnos, pero creo que se ciñe a la realidad hoy más que nunca.

Este, entonces, es mi tema. ¿Qué podemos fijarnos como destino o meta, y cómo podemos trazar planes conscientes que orienten nuestro curso hacia dicha meta? Hemos creado y estamos creando tantas amenazas a nuestra supervivencia que con cada día que pasa podemos, cada vez menos, permitirnos el lujo de seguir sin rumbo o de permitir el *laissez faire* en el más amplio sentido de la palabra. Si bien el tema no es utópico, debo admitir que es ambicioso, y ninguna ciencia o disciplina por sí sola puede proporcionar la respuesta completa. Me apresuro a añadir que yo no la tengo. Cuando se reflexiona acerca de la economía se piensa en crecimiento, en desarrollo, en cambio tecnológico. No obstante, es precisamente por el hecho de que la economía sí procura interpretar el proceso de crecimiento económico que puede tener algo digno de aportar a un tema generalmente reservado a generalistas o a estudiantes capacitados en otras disciplinas.

En primer lugar, cabe anotar que el hecho de decir que el increíble paso del cambio tecnológico, que se aceleró en los dos siglos pasados, carezca de dirección básica, no equivale a decir que no tenga explicación. Debemos entender las fuerzas subyacentes que nos impulsan antes de que podamos ejercer algún tipo de control y dirección sobre estas fuerzas. La economía, en conjunción con algunos pensamientos teóricos básicos acerca de la naturaleza del hombre, puede ayudarnos a comprender dichas fuerzas y a apreciar la extrema dificultad de la tarea que enfrentamos.

Hace muchos años, durante mi primera misión en Colombia para el Banco Mundial, tuve como miembro de mi equipo a un agregado de sanidad del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos. Me preocupaba intensamente la alta tasa de fertilidad y traté de persuadir a mi amigo de que el Servicio de Salud investigara el problema de la contracepción. Nunca me olvidé de su respuesta. Esta fue la de que "¡políticamente, todavía no puedo hacerlo. Pero, y esto cumplirá igualmente bien con tus propósitos, puedo trabajar sobre las condiciones que estimulan la fertilidad!" Así mismo, al tener conocimientos más profundos acerca de la naturaleza del crecimiento, estaremos en mejores condiciones de guiarlo y dirigirlo.

He aquí unas aclaraciones adicionales antes de embarcarme en el tema. Pondré énfasis en los peligros concomitantes de un crecimen-

to no dirigido o planeado. ¿Pero será posible poner en tela de juicio la conveniencia del crecimiento mismo, especialmente en un mundo donde la pobreza todavía es muy extensa? ¿En efecto, será que estoy obrando de un modo desatinadamente contradictorio al estar ejerciendo mi propia profesión —la de un asesor económico a países en desarrollo— que en su mayor parte ha estado encaminada a acelerar el crecimiento? Me atrevo a pensar que no. Lo que hoy tengo que decir concierne al futuro de los países más desarrollados y sólo al futuro más lejano de los países menos desarrollados que están siguiendo sus huellas. De ningún modo trata de abordar los problemas económicos actuales. Permítanme dejar muy en claro mi convicción de que por el momento todavía es preciso estimular el crecimiento económico, especialmente en los países en desarrollo.

En mis propias reflexiones hago una distinción entre el crecimiento y el desarrollo. Mi definición del desarrollo reza, no en términos de ingreso *per cápita*, sino más bien en términos de un aceptable grado de control sobre el medio ambiente en todos sus aspectos, tanto sociales como físicos. Ningún país, desde luego, tiene completo control de su medio ambiente o capacidad para moldearlo. Pero algunos países aparentemente lo tienen más que otros. De ahí que distinguimos entre un mayor y un menor grado de desarrollo. El crecimiento económico es, a mi juicio, una condición necesaria pero no suficiente del desarrollo en este sentido. Es algo que todos los países en desarrollo deben tener en mayor grado. No obstante, doy por sentado que ningún país —aun el más avanzado— tiene un dominio suficiente sobre su medio ambiente como para garantizar su supervivencia. De este modo espero haber escapado de lo que a primera vista pudiera interpretarse como una contradicción.
[...]

LA NATURALEZA CAMBIANTE DEL PROBLEMA

En este momento debo hacer una indicación y realizar un intento de escapar a lo que podría parecer una inconsistencia. Por una parte he sostenido que un mayor crecimiento económico es una condición necesaria para el desarrollo, especialmente en países muy pobres. Pero al mismo tiempo he venido señalando los peligros y los costos del crecimiento en los países más desarrollados. Creo que ambas afirmaciones son correctas. El asunto es de grado. Un cierto nivel de abundancia es necesario para poder contar con el ocio y dedicar tiempo al estudio, a la meditación y a la reflexión que requerimos para poder garantizar un mayor control sobre los

aspectos no conscientes de las motivaciones, o al menos percatarnos sobre ellos. Pero, y esto es lo molesto, la motivación económica se ha vuelto tan fuerte que se está interponiendo en el camino hacia un más firme y consciente manejo del ambiente en todos aquellos aspectos que yo he identificado como desarrollo. Una razón importante la constituye el hecho de que nos vemos forzados a una temprana especialización en nuestro trabajo y en nuestro entrenamiento. Las universidades no han sido inmunes a esta presión. La especialización sin duda ha mejorado nuestra eficiencia en campos específicos. Pero los problemas más importantes desde el punto de vista de la supervivencia son de carácter general y requieren de una profunda síntesis de los hallazgos en muchos campos. Esto podría explicar por qué hay tan pocos generalistas, por qué se presenta esa brecha tan aterradora y, me temo que creciente, entre la calidad de nuestro severo pensamiento técnico y de nuestra comprensión sociopolítica, y cómo puede suceder que la misma sociedad que coloca un hombre en la luna se vea envuelta en la guerra de Vietnam. De ahí que yo trate de eludir el cargo de inconsistencia al sostener que, hasta cierto punto, el crecimiento es una condición necesaria del desarrollo, pero que más allá de este punto, la motivación y los procesos que crean el crecimiento económico tienden a frustrar el desarrollo en el sentido que he venido dando a esta expresión.

APROXIMACIÓN A LAS SOLUCIONES

Entonces, ¿qué vamos a hacer? Cualquier solución que tratemos de adoptar debe llenar ciertas condiciones. Primero, debe ser objeto de aplicación general a todo el orbe. Creo, también, que debe permitirnos el uso de todo el arsenal de ventajas y mecanismos que ahorran mano de obra, con los cuales contamos ya, o que poseeremos pronto y que no queremos sacrificar. Y esto, igualmente, debe ser aplicable al mundo entero. Debe, por encima de todo, ofrecernos la forma de satisfacer la necesidad que tiene el individuo de ser estimado, amado o respetado por los demás. Debe basarse en, o estar acompañada de, un conjunto de valores que sean creativos y compasivos en lugar de destructivos. Debe incorporar una serie de decisiones extremadamente penosas sobre la cantidad de recursos destinados a la medicina y a la seguridad nacional. Todas ellas son condiciones difíciles de cumplir.

Sin embargo, me aventuraré a indicar ciertas pistas que merecen estudio. Ustedes recuerdan que hice varios comentarios relacionados con el crecimiento económico sin fin. Una de ellas tenía funda-

mento en las motivaciones que, en forma creciente, se basan en necesidades psíquicas y no puramente físicas. Éstas son tan efectivas precisamente porque el crecimiento alcanzado no llena las expectativas ni satisface la motivación que conduce a un mayor ingreso. Otra es inherente al sistema mismo, donde el crecimiento, por medio de economías de escala, engendra más crecimiento en una cadena sin fin. Una pista que acredita un estudio es que sabemos que, aún hoy en algunos, hay motivaciones no pecuniarias hacia actividades que satisfacen nuestras necesidades psíquicas. Las actividades altamente artísticas y creativas, y los niveles más altos del deporte, están dirigidos por motivaciones mixtas, y las grandes recompensas monetarias en tales campos son un símbolo de éxito. Pero a un nivel menos profesional, hay muchos miles de personas que derivan una intensa satisfacción de sus actividades en el deporte, en la jardinería, en la música, en el trabajo científico, en escribir, y en otras más que llenan sus necesidades de logro y de autoestimación. Es cierto que las motivaciones pecuniarias influyen, pero todo lo que necesito sugerir, por el momento, es que aquí tenemos la pista de una posible solución.

No creo que constituya un antojo el creer que en un ambiente diferente —que puede ser creado en forma consciente— las actividades que hasta ahora consideramos como de “tiempo parcial” o de “después de las horas de trabajo” pudieran convertirse en actividades principales o “de tiempo completo”, con lo cual los papeles de las actividades económicas y no económicas, junto con sus correspondientes, algunos de estimación, se reversarían.

Ya mencioné que la solución debe basarse en, o estar acompañada de, valores morales constructivos.

Para mí, otra vez, existen ciertas pistas estimulantes. Una de ellas la constituye la amplia respuesta a los libros profundamente morales de Tolkein. Otra, la afirmación de un siquiatra norteamericano, Harry Stack Sullivan, quien en aspectos significativos difiere de Freud, respecto a que así como hay una tendencia inherente hacia la salud física, hay también una tendencia hacia la salud mental.

Sin lugar a dudas las alegrías más intensas surgen de nuestras emociones. Pero también lo hacen nuestros más grandes peligros. Desde el punto de vista de la supervivencia, el esfuerzo que debe hacerse es el de buscar un mayor grado de control y de orientación de nuestras emociones por medio de una conciencia entrenada, informada y disciplinada. Me temo que algunos siquiátras podrían

considerar que mi suposición acerca de la existencia de un abismo entre el consciente y el inconsciente sea algo ingenua. Quizás me esté expresando mal, pero considero en todo caso que ellos estarían de acuerdo en que alguna gente parece más madura y tiene una mente más disciplinada que otra, lo cual resulta útil para mis propósitos, ya que lo que me ocupa es un asunto más de grado que de fondo. Esto me trae al punto que quizás sea el más difícil de mi tesis.

Ustedes podrían estar dispuestos a aceptar que el cambio tecnológico y el crecimiento económico, favorable por muchas razones, han creado al mismo tiempo peligrosas amenazas para la supervivencia humana en condiciones satisfactorias. De lo que no estoy seguro, es que estén dispuestos a aceptar la implicación de que debemos buscar conscientemente la forma de moldear e influenciar nuestro medio ambiente y nuestra cultura, con sus valores morales, para así escapar de aquellas amenazas o al menos reducirlas. En este punto aprecio inmensamente el hecho de que esté tocando un nervio sensible de una audiencia que es producto de una cultura democrática liberal, puesto que yo también soy producto de esa misma cultura. Todos hemos visto intentos o logros de apoderarse del poder, la manipulación creciente de la cultura, o los cambios en ella, en forma tan repugnante que nos sentimos inclinados en este campo a arriesgarnos con el *laissez-faire* de la libre competencia de ideas, aunque sabemos los peligros que esto implica.

Esta actitud es un producto de la tradición liberal, que ha sido fortalecida por otros eventos de este siglo y que ha encontrado su expresión en los trabajos de Huxley, Orwell y otros.

A pesar de todo esto, me aventuro a dudar de la sabiduría del *laissez-faire* en el campo de los valores culturales.

En primer término, sostengo que poca gente, y especialmente cuando no se trata de economistas, sabe apreciar las fuerzas tan tremendas que tienden a perpetuar un crecimiento sin fin, y que estas fuerzas existen en buena parte en los países desarrollados por razón de la frustración presente y de la falla del crecimiento en satisfacer deseos profundos pero inconscientes. Tales fuerzas se suplementan con los deseos insaciables de extender la longevidad y de garantizar la seguridad nacional. En otras palabras, las fuerzas no planificadas y no orientadas en operación están cargando los dados en contra de un resultado favorable, en forma tan grande, que no creo que mucha gente se dé cuenta de ello.

En segundo lugar, las fuerzas del crecimiento llevan a una creciente y continua especialización, cuando al mismo tiempo la solución de los problemas más serios de la actualidad y los que vienen, requiere de la orientación de generalistas que posean un conocimiento profundo en varios campos. De nuevo, en este aspecto los dados están cargados en contra de una solución satisfactoria.

Tengo la sospecha de que en el fondo todos sentimos aún que la ciencia y la tecnología son fuerzas benéficas y que podrán, en alguna forma, ofrecer respuestas a todos los problemas en todos los campos. La palabra "progreso" tiene en sí misma una connotación placentera. ¡Uno no puede estar en contra del progreso! Y los científicos de la física pueden estar tan libres del conocimiento de las ciencias sociales como estas últimas lo están de las ciencias físicas. Y los valores morales de ambos pueden ser objeto de cuestionamiento.

Además, imagino que mucha gente cree que nuestra nave espacial "Tierra" tiene pilotos que cuentan con miles de expertos asistentes y que éstos, a su vez, tienen de vez en cuando reuniones para coordinar las políticas. Me temo que en su mayor parte se trata de un mito. Yo he estado en el gobierno buena parte de mi vida activa y puedo asegurarles que lo urgente tiene prelación sobre lo importante, así como que los objetivos son en gran parte de tipo personal, para alcanzar el poder o para conservarlo. Dada esta motivación fundamental, no es difícil, aun para la gente sincera, identificar su interés personal con el nacional e inclusive con el universal. En cuanto a los técnicos, éstos generalmente tienen las mismas motivaciones, pero trabajan muchas veces en campos altamente especializados.

En resumen, nuestros pilotos se preocupan más de mantenerse en la cabina de mando que de nuestro destino.

Una tercera fuerza, que tiende a que el *laissez-faire* sea una guía menos apropiada, la constituye un sutil cambio en los frutos de la ciencia. Hemos comenzado, en años muy recientes, a escudriñar lo que hasta ahora eran los misterios de la vida misma. El hombre está adquiriendo el poder de moldear y dar forma al hombre, pero no hay reglas, no hay guías para orientar su acción. Como traté de indicar anteriormente, la brecha entre nuestra capacidad técnica y nuestra percepción filosófica o humanística se está ensanchando. En tales circunstancias, ¿no resulta peligroso confiar en forma creciente en el *laissez-faire* dentro del dominio de las ideas?

A falta de una frase mejor, he usado la de “el control consciente”, que puede producirles un escalofrío que baja por la espalda. Por lo tanto permítanme volver a este aspecto final de mi argumento. Lo que quiero decir con un control consciente es, sin duda, no confiarle a una persona viva los poderes dictatoriales. Lo que quiero sugerir es que en nuestras universidades y fundaciones logremos que nuestros académicos más capacitados piensen profundamente en las implicaciones de lo que he venido diciendo. Dudo que esto pueda ser realizado en forma fructífera por los especialistas. Debemos hacer lo posible porque algunas personas, en el período mentalmente más activo de sus vidas, puedan lograr un conocimiento suficientemente avanzado en un número de disciplinas para que así hagan generalizaciones de mayor alcance, de tal modo que se sustituyan las soluciones específicas *ad hoc* por soluciones más profundas y de mayor envergadura.

Un segundo papel de las universidades consiste en darle más énfasis a la formación de mentes más disciplinadas y maduras. No es suficiente que produzcan unos pocos generalistas verdaderamente profundos. Deben tener una audiencia receptiva y discriminada, gente que esté enterada de la naturaleza del problema, que sea receptiva a ideas que inicialmente pueden ocasionar tanta conmoción y tener tanto alcance como las de Darwin o Freud en sus tiempos, gente que pueda apreciar la profunda diferencia entre un Fromm y un Marcuse.

Estos dos propósitos son responsabilidad especial de nuestros altos centros académicos. Me atrevería a confiar en que si algunos de ustedes rechazan cualquier sugerencia de control consciente —con sus quizás siniestras connotaciones— al menos serían receptivos a la sugerencia de que si queremos sobrevivir, debemos pensar mucho en el problema y no simplemente suponer que los especialistas en los varios campos de la ciencia, por sí mismos, sin orientación y en ausencia de valores morales coordinados, nos den las respuestas adecuadas. Me sentí reconfortado después de haber escrito lo anterior, cuando supe que el mismo pensamiento fue expresado hace veinticuatro años por el general Bradley en ocasión similar. Lo dijo muy simplemente: “El problema central de nuestro tiempo es el de cómo emplear la inteligencia humana para salvar a la humanidad”². Una dificultad surge, sin embargo de que, en la más reciente

2 Bradley, Omar, *This Ultimate Threat*, discurso de Grado, St. Alban's School, Washington, D.C., noviembre 5 de 1957.

evolución del hombre en los últimos quinientos milenios más o menos, la capacidad cognoscitiva se sobreimpuso y no reemplazó a, ni estuvo bien incorporada en, las otras partes del cerebro que controlan las reacciones viscerales y emocionales del cuerpo que se desarrollaron durante las fases de los reptiles y los mamíferos. De ahí la posibilidad de conflicto. Este es el aspecto de nuestra evolución que permite el uso de las expresiones "auto" disciplina y "auto" control. También es esto lo que hace que el autocontrol sea tan fácil. Koestler presenta nuestro dilema en forma divertida pero dramática cuando dice que lo que hace tan difícil un tratamiento siquiátrico es que el paciente que está recostado en el sofá del siquiatra debe tratar de hablar, no sólo por sí mismo, sino también por el caballo y el cocodrilo que están acostados a su lado.

Así concluyo. El cambio se está acelerando, se aproximó y se está aproximando a un terreno peligroso. La brecha entre nuestro conocimiento técnico y nuestro equipo emocional se está ensanchando. En la libre competencia de ideas hay obstáculos al desarrollo de hombres sabios, doctos y profetas, con valores morales profundos, y al desarrollo de una audiencia creciente que pueda apreciar sus palabras. La economía, en forma común a las otras ciencias, tiene mucho que contribuir a este doble propósito. Lo que faltan son personas versadas que puedan aprovechar la contribución de la economía y de las otras ciencias, y un creciente grupo de mentes modernas que por una parte puedan entender y apoyar a aquellas personas versadas y, por otra, comiencen a aplicar sus hallazgos y sus consejos. Esta es, en mi opinión, la tarea suprema de nuestras universidades y de nuestro tiempo.